

ANTOLOGIA
PERSONAL
José Carlos Llop

25

Col·lecció poesia de paper



861.6
LLO

José Carlos Llop

Antología Personal

Col·lecció poesia de paper

25

Palma 1995

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5106351634

© de l'edició: Caixa de Balears, «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 1995

© del text: José Carlos Llop

Dibuixos: Dolores Sampol

L'original del gravat de la portada i contraportada fou estampat pel taller 6a

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic.
Campus universitari. Cas Jai. Cra. de Valldemossa, km 7.5. E-07071 Palma

Disseny de la col·lecció: Jaume Falconer

Impressió: IMPRESRÀPIT, c/ del Baró de Santa Maria del Sepulcre, 7. Palma

DL: PM 1436-1994



José Carlos Llop va néixer a Palma de Mallorca el 3 d'abril de 1956. És bibliotecari, col·laborador habitual de *Diario de Mallorca* i crític literari d'*EL PAÍS*. Els seus poemes s'han publicat a revistes com *Papeles de Son Armadans*, *Ínsula*, *Cuadernos del Norte*, *El Europeo*, *Bitzoc*, *Hélice*, *Encounters* (EUA) i *Dichtungsring* (Alemanya).

Ha publicat quatre llibres de poesia –*Drakul-lettre* (1983), *La naturaleza de las cosas* (1988), *La tumba etrusca* (Premio Anthropos 1991) i *En el hangar vacío* (1995)–; dos toms del seu dietari –*La estación inmóvil* (1990) i *Champán y sapos* (1994)–; un llibre sobre la seva ciutat natal –*Palma, imatges d'ahir* (1990)–; una col·lecció d'assaigs –*La ciudad invisible* (1991)– i dos llibres de relats –*Pasaporte diplomático* (1991) i *2 cuentos* (1994)–. És autor de *Islas* (1993), antologia poètica del Premi Nobel de Literatura Derek Walcott i té en premsa una novel·la –*El informe Stein*– i un tercer llibre de narracions –*El canto de las ballenas*–.



ULTRAMAR

ESCRIBIRÉ glorieta y café colonial.
Panamá, corrajes, revólver,
desierto, espingarda y sampán.
Escribiré rutas de misterio,
mapas, cavernas, burdel y Macao.
Flux de seda, kriss, salacot,
catre hundido y mosquitera.
Escribiré los gritos de los *coolies*,
la luz que se filtra por las persianas.
Escribiré kentias, bejucos y magnolios;
tigres, pantanos, Delhi y bungalow.

Como un carguero encarnado y negro,
todo eso escribiré en tus muelles,
la sombra dorada de lo que yo leí.

(De *La naturaleza de las cosas*, 1988)

COSTUMBRES

H

AY ciudades que poseen
cierto desmayo antiguo,
con empañados rastros
de un imperio en ultramar,
perdido hace ya siglos.
En ellas está el tiempo
detenido y los colores
de las fachadas –rojos,
azules y ocre– sombra son
de una riqueza de maderas,
navíos y especias, gastada
en fiestas y oscuros negocios.
Los jardines de sus casas,
luz de patios sombríos, velan
herencias de esa época dorada:
verdes de sicómoro, platanero
o jacarandá, adornan nostalgias
de familia y rejas selladas.
Estas ciudades huelen a fruta
y orines, a librerías de viejo
y plazas porticadas, a estaciones
insomnes y sirenas en la bruma.
Yo paseo por sus mercados
y muelles, leo en las terrazas
de sus cafés, me detengo
ante los comercios con lámparas
y carteles modernistas. Amo
estas ciudades como alfombras
viejas, porque guardan
la nobleza del recuerdo,
pero están hechas de olvido.

(De *La naturaleza de las cosas*, 1988)

RAZÓN DE AMOR

S

ABES que la vida
sólo permanece en las cosas
que eliges y no por azar.
Que sólo se posee
aquello que se nombra.
Por eso escribes su sombra
en la arena de tus días.

(De *La naturaleza de las cosas*, 1988)

RUINAS EN LA JUNGLA

DOS hombres de uniforme
toman el té a la sombra
de un magnolio; hablan de viajes,
paradas militares, sectas
secretas y ciudades
de mármol sobre las aguas.
Relatan sus palabras el oro
del tigre entre los juncos, la gloria
de una inolvidable carga
de caballería, las heridas
de combate en las montañas
de Cachemira. No hay aquí
penumbras, sino el esplendor
de una época sin olvidos
ni desdén, donde la lealtad
era algo tan hermoso como la vida,
y la aventura y el honor
poseían el impagable brillo
de la felicidad escrita
en los libros.

Hoy ya sólo quedan
las fiebres que causa el miedo,
y algún gesto: vestirse de etiqueta
en plena selva, escuchar
a Verdi y preparar las armas:
es el enemigo quien acecha
tras ese quebrarse las ramas.

(De *La naturaleza de las cosas*, 1988)

MODUS VIVENDI

CRUZAR en calesa estas tierras
olvidadas por el hombre.
Vivir un régimen antiguo.
Cazar al alba. Cuidar de las cartas
a los amigos, del huerto
junto a los muros de la casa
—la dulzura del dátil,
la sombra de la higuera—.
Ordenar un pequeño jardín
donde leer al sol en invierno,
y en verano tras la celosía,
enredada toda por las yedras
y los jazmines. Estar solo;
contemplar cómo se cumplen
los ciclos de la naturaleza,
cómo crecen tus hijos.
Escribir al atardecer.
Pasear bajo las estrellas
y el ladrido de los perros
a lo lejos. Dormir poco.
Avivar el fuego en la noche,
mientras los pavos reales
se posan en la fronda de encinas
y tú te sumerges en los tomos
de aquellos viejos maestros
que ya no existen.

(De *La naturaleza de las cosas*, 1988)



FINIS TERRAE

ERA una de esas noches
convertidas en taberna tenebrosa.
Una de esas noches en que el alba
no existe y el viajero es de niebla
y un pozo negro donde flotan los libros
es lo poco que queda de tu vida.
Eran tristes todas las estancias,
pintadas de agua oscura,
como si un viento extremo
hubiera barrido esta ciudad nocturna.
Había líquenes marinos en las baldosas
y piedras grabadas con inscripciones extrañas.
Un velero blanco, con todas
sus velas despegadas, cruzaba los muros
bajo una caravana de sombras
navegando hacia la nada.
A la luz de una linterna,
los colores de los peces muertos
y una tarjeta que sangra
como la granada en el árbol
y la hierba en la batalla.
Y en esa ciudad estaba y en esa noche
y en el humo de una llama apagada:
el timbre de un teléfono, las cartas,
los faisanes, el opio, las ranas,
la podredumbre de un buque inmóvil,
tripulado por esqueletos con uniformes viejos
y medallas y moho y esclavos y armas
y todos los recuerdos al otro lado del mar.

(De *La tumba etrusca*, 1992)

SEPTIEMBRE

E L ala de un insecto, su transparencia
grisácea, tornasoleada de verdes
y amarillos, es la tarde que lame
los cristales. El fin del verano
es como un viaje solitario
donde sólo los muertos te acompañan.
Piensas en el nomadismo inútil
de la estación, en el color
de las aguas al atardecer,
en la belleza de los cuerpos desnudos
y las horas de lectura, interminablemente
gratas, como la noche o el silencio.
No hay aquí nostalgia, sino ese puro afán
de retener el tiempo
que es tantas veces la escritura.
Las conversaciones en la terraza, sumergida
bajo la sombra esmeralda del pinar,
la bebida y las risas: "Tu casa es ahora
el Hotel d'Angleterre", dijo alguien
y continuamos hablando de reyes antiguos
y batallas en el desierto.

La tarde
es un insecto que observa el rápido desfile
de las nubes, y septiembre
el mes donde mueren la fruta y el año
como las mercancías atrapadas
en la bodega de un barco que naufraga.

(De *La tumba etrusca*, 1992)

BINIATRÓ

E L crepúsculo extiende una alfombra azul
sobre los bancales del huerto.
Las naranjas son lámparas
entre el follaje verdeoscuro.
Todo tiene una luz última
y el día que muere es tierra de nadie
hundiéndose poco a poco con la tarde.
No sé cuando surgirá de nuevo
de entre los pliegues de mi memoria.
Ocurre a veces, sin esperarlo.
Seré más viejo, ya otro,
y mi única fortuna, los recuerdos.
Sólo sé, mientras te contemplo,
que vendrá a mí como estas naranjas
encendidas en las sombras del invierno.

(De *La tumba etrusca*, 1992)

LEO en los posos del café
y veo una libélula azul
sobre los capotes grises,
la sangre seca en los machetes,
un mar de algas que atraviesa los ojos
y a la muerte vestida de frac
sobre el barro de las trincheras.

(De *La tumba etrusca*, 1992)

ANGLOFILIA

El hombre es una casa
amueblada por recuerdos,
donde habita, agazapada,
la alimaña del miedo.
Una casa amplia, con galerías
y desvanes, salas vacías, sótanos
inundados, tuberías que no funcionan
y alcobas para unos criados
imaginarios que nos traicionan día a día.
Hay también un Salón Pompeyano (memoria
del esplendor que no pudo destruir
la sórdida lava del tiempo),
elfos en el musgo y fantasmas muy barrocos
escondidos tras los muros. Y biblioteca
y un jardín con rosas, invernadero
y templete de mármol donde cenar en verano
—plata y porcelana y de Turner un aire dorado.
Cuando contemplamos la casa cerrada
—el viento golpea las ventanas y se oyen voces
confundidas en el seco tic-tac de los relojes—,
pensamos que el amor tal vez sea
la estancia más luminosa de la vida;
que la belleza y la inteligencia
son, de verdad, las únicas que no fatigan,
y la amistad el cálido fulgor de las brasas
en invierno y su envés una daga de hielo.
Ocupar estas habitaciones —en alas separadas
casi siempre, según las estaciones— nos ennoblece
(aquél que las abandonó antes de hora,
lo sabe ya secretamente),
pero comprendemos que sólo nos salva
del común dolor de tener que vivir,
el baqueteado sillón de la ironía
—ése de cuero viejo, junto a la lámpara,
la piel de tigre y los tabacos...
Ya que en el tiempo solamente habitan
el olvido, el desdén y las cenizas.

(De *La tumba etrusca*, 1992)

MORANDIANA (Fragmento)

Y O sabía que ya nada sería como antes.
Nada quiere decir los hombres, las mujeres,
los viajes, la vida en suma y las ciudades.
Ni siquiera su mejor espejo, el arte,
o una manera de andar por la calle,
de charlar en un salón, bailar
o perfumarse. Tuve, como todos,
un siniestro telón de fondo:
las trincheras, los gases, el miedo
y la muerte en los cráteres
de lodo. Por eso elegí el orden
—una manía destinada al olvido
y a ser confundida con la repetición
de la barbarie—. Pero poco importa.
No es casual que anotara un mundo
que acababa. Yo sabía que ya nada
sería como antes. Y mis páginas,
destellos de bengala al fundirse
para siempre en la noche del alma,
sobre el negro magma de alambradas.
No otra cosa debe ser la vida,
lámparas mecidas en la tormenta.
Ahora habito una ciudad que posee
la luz melancólica del fin del mundo.
Una ciudad que no existe, donde el mar
adquiere un color morado al atardecer
y en la que Stendhal pudo ser feliz
y Joyce escribió su mejor libro:
aquél que en pocas páginas
encierra la vida, pues nada más
y nada menos deben contar los libros.
Eso intenté y supe hacer yo con los míos.
No hay culpa en quien logra cumplir,
sin engaño, con su destino.

(De *La tumba etrusca*, 1992)



Ami har to bay badi
an antra gaya k man

LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

NACI en una casa que ahora derriban:
no es mal comienzo para una biografía.
Una casa construida después de la guerra,
como yo mismo, claro; con pretensiones
racionalistas y vecinos trasnochados
como lo era mi país en aquellos años.
Recuerdo a una familia carlista y repeinada,
de rostro tan blanco como el papel de fumar,
y también a un capitán de La Armada,
a un catedrático de dibujo y a una mujer
muy rara que tenía apariciones celestes
en la sala de estar. Vivía además un play-boy
de la época, con criada francesa e hígado
muy francés; quiero decir, hecho paté.
Y un primo mío con el que siempre jugué.
La vida era entonces era una terraza con pájaros,
tortugas y plantas, el Antiguo Testamento
y la conquista de Jerusalén —mi padre
tenía vocación mística y leía muy bien.
Y las horas contemplando el paseo de plateros
y los lentos automóviles desde el mirador.
Yo era un niño triste que apenas reía
(me lo han contado y se ve en las fotografías);
que soñaba con mansiones abandonadas,
muelles de niebla, buques hundidos,
y junglas con pantanos y templos derruidos.
Como todos, según he leído después
en tantas y tantas páginas de alquiler.
Literatura e infancia son la misma cosa:
un reino eterno donde siempre vivimos
aunque viajemos por el mundo entero.
La juventud es otro asunto, me temo,
—ese esfuerzo por ser distinto
que enmascarado permanece con los años—
más pendenciero, más excéntrico,
como el fuego de una batalla al alba;
como un barco a la deriva entre alcoholes,

cuerpos y libros; como la luz amarilla
de las ventanillas de un tren en un túnel
que parece no tener fin. Eso al menos
es lo que yo recuerdo de una galerna
oscura que acabó en naufragio
y con víctimas entre la tripulación,
pero que tuvo noches y días gloriosos
y traiciones y derrotas y dolor
de los que uno es para siempre cautivo.
Y a veces, cuando las horas parece
que pasan en sordina, aquellas luces
y aquellas sombras afloran entre el limo
del tedio y nos hablan de lo que somos
con la precisión de un geómetra moral
y el tráfico de una frontera internacional.
La juventud es una travesía que acaba
en cierto escepticismo, más impertinente
que el que concede la madurez, pero que enseña
(y es el pasaporte común de la experiencia)
a convivir con el propio miedo y la miseria
que la vida esconde bajo distinta apariencia.
Y permite la creación de otro robinson
que no debe encerrar la pasión
en el viejo teatro del tiempo ido:
que a nada conduce el desprecio
de lo que nos tocó vivir. Pues cada mañana
es un vago rito que conjura la felicidad
de una página nueva, el cómplice esplendor
de un rostro, o la luz satinada de una ciudad.
Y uno se encuentra reconciliándose consigo
como el viajero que prepara sus maletas,
consulta el mapa de un territorio desconocido
y sabe que cuando regrese no será el mismo
pues algo habrá muerto y algo habrá nacido.
Ya que debajo de sus camisas y sus libros
se halla la marabunta de lo vivido y el orden
a que la sometimos. Y sabemos que más allá

de aventuras y de sueños, anida un fango espeso
donde se ocultan las ratas y están las pirañas
dispuestas a masacrar a dentelladas
el difícil equipaje que enriquece tu destino.
Pues nada más que fango y alimañas
es la sordidez que el tiempo nos regala,
con peores galernas que la juventud
y selvas más oscuras que las de la infancia,
que sin embargo vivimos como si nada,
aparentando un fortín de sólidas defensas,
bajo una anestesia inventada para sobrevivir
que busca vanas maneras de ser feliz
y la virtud necesaria para poder escribir.

(De *En el hangar vacío*, 1995)

EL PRIMERO DE LA MAÑANA

CADA mañana en el espejo puedes ver
bosques de hielo que nadie pisó,
buques detenidos en los Sargazos
y a Fabrizio del Dongo en Waterló.

Detrás del cristal están las bibliotecas
—que son caricaturas del rostro de Dios—,
el Amazonas, la luna y la selva,
el cuerpo de las mujeres, el ojo del tiburón.

Y mientras esgrimes la cuchilla recuerdas
el fin de Babilonia y las orgías de Roma,
la luz del desierto y la rosa amarilla,
las espadas de hierro que forjaron Europa.

Ahora agitas la brocha sobre el jabón
y surge *La Laguna Estigia* de Patinir,
aquel que detuvo el tiempo en un reloj,
Venecia, Stonehenge, las calles de París.

Te rasuras la cara, la estiras hacia atrás
y se dibuja en el azogue la primera noche
del hombre, los colores del ocaso en el mar,
el oro de la tarde en la ciudad de Londres.

Al limpiar con rapidez los utensilios
por el desagüe se va la toma de Jerusalén,
los árboles, Gengis Khan y los Concilios,
la música que amas, el duelo del mal y el bien.

Y cuando te secas el rostro con la toalla
se refleja el memo con quien vives,
sus arrugas y sus miedos y secretos:
la herida de la vida, sus rastros de metralla.
(De *En el hangar vacío*, 1995)



EL MANTEL RUSO

ESTO quiero que sea mi vida para ti:
este mantel de colores, las confituras,
el pan y la leche, blancos; las tazas de té
y los pájaros que juegan en los naranjos.
Que es a esta hora de la mañana,
cuando el sol tiñe el jardín con luz benigna,
la hora en que todo se empieza
por vez primera y nada puede dañarnos.
No dejes que el torvo rostro del mundo
salpique de miserias nuestro desayuno.
Que tus ojos se detengan en los míos
y lean que es para ti todo lo que he escrito.
Y las sombras que hayamos conocido
serán sólo migajas sobre este mantel ruso.
(De *En el hangar vacío*, 1995)

DESPEDIDA

H

OY es el fin de nuestro viaje.
Nadie sabe aún lo que perdurará,
si es que algo lo hace; si el tiempo
no convierte las cosas en una vieja postal
o en baratija de rastro. Retén ahora
las negras cancelas de las embajadas,
el esplendor de las calles y los caprichos
de esos coleccionistas que visitaste;
los magnolios y aquella tienda azul
con espadas y mandiles y compases.
Que sean parte, como lo eres tú ahora,
de la memoria de crema y oscuro musgo
que tiene en Londres la luz de la tarde.
Quizá nada cuente para ti cuando los días pasen
y sean estos versos quienes hablen de tu vida:
la sombra de otra quimera, palabras en voz baja.

Como pañuelos negros entre los árboles
alzan el vuelo los grajos del parque.
(De *En el hangar vacío*, 1995)

SOMBRAS CHINESCAS

Y O vivo en la luz ámbar
de un viejo fumadero de opio:
preparo la materia negra
de que están hechos los sueños,
la muerte y la llama del tiempo.
Y enciendo la pipa labrada
y las palabras que son
porque fueron humo
en el hangar vacío del mundo.

(De *En el hangar vacío*, 1995)

OBJETOS DE ESCRITORIO

UNA caja metálica, muy gastada, de Craven "A".
Otra de cigarrillos egipcios, "Royal Derby"
Con Autorización Especial de Su Alteza
"Le Khédive". Unas gafas de concha
que conocieron la Guinea Española.
Un álbum de dibujos de Pierre Le-Tan.
Postales de ciudades con puerto de mar.
Un abrecartas color coñac que fue de mi padre.
El *Diario* de Stendhal en la primera de Striyenski.
Un tintero decó como una cebra de entreguerras.
La fotografía de Kipling, ésa en que fuma de pie
junto a su escritorio y mira. Una tortuga de piedra,
apoyada en el ordenador. Un cenicero orientalista.
La mesa de mi abuelo, que guerreó en África.
Una lámpara Imperio con pantalla de seda
encarnada y laureles de oro. Una foto de Jünger
vestido con uniforme de la Wehrmacht
y otra del embajador chino Morand y un tren.
La imagen de una pareja de turistas ingleses
—ella con monóculo, él con una guía—
tomada en 1950 por Cartier-Bresson
en una calle de Hong-Kong.
Unas acuarelas, rusas, de cuando vivía el zar.
Una radio donde emulo en la noche a Blaise Cendrars.
El grabado de una tempestad en el Ártico
y unos rincones de Venecia pintados por Fortuny.
Un pisapapeles de cristal hecho en Murano en 1910.
Y una pitillera inglesa comprada en un anticuario
de Oxford por mi mujer. Las últimas cartas
de mis amigos y la risa de mis hijos.
Nada de esto es poesía, de acuerdo,
pero sí la casa de mis versos.

(De *En el hangar vacío*, 1995)



©
of art to be for all
of the the world
and for all of the
of the the world

La lectura d'aquests poemes ha estat
realitzada per l'autor al Centre de Cultura
de Sa Nostra —Palma— el dia
16 de gener de 1995

Lectures poètiques anteriors col·lecció POESIA DE PAPER

- núm. 1: Antonio Colinas
- núm. 2: Josep M. Llompart
- núm. 3: Luis Antonio de Villena
- núm. 4: Lluís Alpera
- núm. 5: Francesc Parcerisas
- núm. 6: Fanny Rubio
- núm. 7: Ángel Crespo
- núm. 8: Julio Herranz
- núm. 9: Pere Rovira
- núm. 10: Jaume Pomar
- núm. 11: Manuel Jurado López
- núm. 12: Toni Roca i Pineda
- núm. 13: Margalida Pons
- núm. 14: Luis García Montero
- núm. 15: Enric Casassas Figueres
- núm. 16: Ponç Pons
- núm. 17: Andreu Vidal
- núm. 18: Pen Club Internacional
- núm. 19: Biel Mesquida
- núm. 20: Antonio Jiménez Millán
- núm. 21: José Manuel Caballero Bonald
- núm. 22: Vicente Valero
- núm. 23: Miquel Bezares
- núm. 24: Joan Margarit

Col·lecció poesia de paper
núm. 25



Universitat de les
Illes Balears

